

Françoise Dolto

Por la autora de
La causa de los niños,
un proyecto humanista
para el desarrollo
de los 10 a los 16 años



La causa de los adolescentes

PAIDÓS

FRANÇOISE DOLTO

LA CAUSA DE LOS ADOLESCENTES

Por la autora de *La causa de los niños*,
un proyecto humanista para el desarrollo
de los diez a los dieciséis años

PAIDÓS Divulgación

Título original: *La cause des adolescents*, de Françoise Dolto
Publicado originalmente en francés por Robert Laffont, París

1.ª edición, marzo de 2004

1.ª edición en esta presentación, septiembre de 2022

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Éditions Robert Laffont, S. A., París, 1988
© de la traducción, Rosa María Bassols, 2004
© de todas las ediciones en castellano,
Editorial Planeta, S. A., 2022
Paidós es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona, España
www.paidos.com
www.planetadelibros.com

ISBN 978-84-493-3952-3
Fotocomposición: Pleca Digital, S. L. U.
Depósito legal: B. 11.374-2022
Impresión y encuadernación en España

Impreso en España — *Printed in Spain*



SUMARIO

| | |
|--|----|
| Prólogo, <i>André Coutin</i> | 11 |
| De la causa de los niños a la causa de los adolescentes | 13 |

PRIMERA PARTE

EL PURGATORIO DE LA JUVENTUD Y EL SEGUNDO NACIMIENTO

| | |
|--|----|
| 1. El concepto de adolescencia: puntos de referencia, puntos de ruptura | 17 |
| 2. El sueño de la eterna juventud. Mitos y arquetipos | 31 |
| 3. La imagen del cuerpo | 37 |
| 4. La leyenda de los jóvenes: la literatura efébrica | 41 |
| 5. Los héroes y los modelos..... | 53 |
| 6. El discurso sobre el efebo. Pioneros de la hebología..... | 59 |
| 7. Crecimiento y comportamiento. La falta de gracia y la armonía | 61 |
| 8. Ritos de paso y proyectos adolescentes | 79 |

SEGUNDA PARTE

LA ÉPOCA DE LAS PRUEBAS

| | |
|--|-----|
| 9. Perturbadores de la psiquiatría y psicoanálisis sin palabras | 93 |
| 10. Los suicidios de adolescentes: una epidemia ocultada..... | 115 |
| 11. A cada uno su droga: falsos paraísos y pseudogrupos. | 135 |

| | |
|--|-----|
| 12. Jaque al fracaso escolar | 151 |
| 13. La familia deshecha..... | 163 |
| 14. El nuevo comportamiento amoroso..... | 177 |

TERCERA PARTE

UN ESPACIO PARA LA NUEVA GENERACIÓN

| | |
|--|-----|
| 15. Los derechos y los deberes | 191 |
| 16. Cuando los jóvenes tienen la palabra..... | 215 |
| 17. Líneas de futuro: iniciativas y proposiciones..... | 231 |
| Remunerar a los niños como inventores..... | 231 |
| Una sesión de protesta semanal | 234 |
| Un futuro distinto de Mesrine..... | 238 |
| La escuela, hogar de los jóvenes y la cultura | 240 |
| Consejos municipales de niños..... | 247 |
| Propuestas de reformas y enmiendas de la legislación actual | 248 |

ANEXOS

| | |
|--|-----|
| Anexo 1. Pequeña guía de la futura convención de los derechos del niño..... | 253 |
| Anexo 2. Las fugas de adolescentes | 263 |
| Anexo 3. Los suicidios | 269 |
| Anexo 4. Bibliografía sobre la droga y los adolescentes..... | 279 |
| Anexo 5. El fracaso escolar | 285 |
| Anexo 6. Bibliografía de las obras generales | 289 |
| Anexo 7. El personaje del adolescente en el cine mundial | 291 |

CAPÍTULO 1

EL CONCEPTO DE ADOLESCENCIA: PUNTOS DE REFERENCIA, PUNTOS DE RUPTURA

No se conoce tan bien al adolescente como al niño. Hay que extenderse sobre la realidad que oculta este término. Se habla hoy de la población de los «Ados», expresión mediática que tiende a aislar a los individuos jóvenes «de paso», «en tránsito», encerrándolos en un tipo de edad. En vez de limitarse a situarla en la pirámide de las edades, es más interesante buscar un consenso que delimite la cuestión de forma muy abierta y superar las controversias y desacuerdos entre psicólogos, sociólogos y endocrinólogos-neurólogos.

Algunos prolongan la infancia hasta los catorce años y sitúan la adolescencia entre los catorce y los dieciocho, como una simple *transición* hacia la edad adulta. Aquellos que la definen en términos de *crecimiento*, como un período de desarrollo muscular y nervioso, se sienten tentados incluso de prolongarla hasta los veinte años.

Los sociólogos toman en cuenta el fenómeno actual de los «adolescentes retrasados», estudiantes prolongados que viven en casa de sus padres mucho más allá de su mayoría de edad. Algunos psicólogos reducen la adolescencia a un *capítulo final de la infancia*.

¿Es una edad cerrada, una edad marginal o una etapa original y capital de la metamorfosis del niño en adulto?

En mi opinión, es una fase de mutación. Es tan capital para el adolescente confirmado como el nacimiento y los primeros quince días de vida lo son para el niño pequeño. El nacimiento es una mutación que permite dar el paso del feto al niño de pecho y su adaptación al aire y a la digestión. El adolescente, por su parte, pasa por una muda respecto de la cual nada puede decir, y es, para los adultos, objeto de un cuestionamiento

que, según los padres, está cargado de angustia o pleno de indulgencia. Mi profesor de filosofía, parafraseando el proverbio, decía de una de mis compañeras de la que pensaba que se había quedado en la adolescencia: «Dios, mesa o palangana; ¿en qué se convertirá?». A sus ojos, todas deberíamos haber sido ya jóvenes adultas. He aquí una de las posibles y gráficas maneras de definir la adolescencia como una edad en que el ser humano no es Dios, mesa ni palangana. El estado de adolescencia se prolonga según las proyecciones que los jóvenes reciben de los adultos y según lo que la sociedad les impone como límites de exploración. Los adultos están ahí para ayudar a un joven a entrar en las responsabilidades y a no ser lo que se llama un adolescente retrasado.

La sociedad tiene interés en que el adolescente no pierda el tiempo en una vida de beneficiado. Pero esta justa preocupación lleva también al exceso de celo que consiste en estimular demasiado a un niño de once años a no ser un niño prolongado. Si bien no hay que dormirse, tampoco hay que precipitar las cosas... En el lenguaje popular se dice con frecuencia: «Te portas como un niño, pero ya no eres un niño». ¿Acaso no es este un lenguaje totalmente pernicioso y culpabilizante, si el padre o la madre le dicen esto a un preadolescente?

Yo creo que él no le presta a estas palabras la menor atención. Se la prestaría si fuera uno de sus compañeros quien se las dijera, pero no los padres. Los padres, de todos modos, dejan de ser a sus ojos los valores de referencia. En las escuelas hay Grandes Meaulnes en todas las épocas que gozan de cierto prestigio. Son los líderes de pequeños grupos. Y siempre corretea por allí un muchachito menos afirmado, menos desarrollado, que tiene problemas para hacerse aceptar por el arcángel o el cabecilla. Se le rechaza: «Eres un pequeñín, un renacuajo; no sabes de qué va... Lárgate». Esta infantilización es peyorativa viniendo de un joven; afecta más al niño que si su madre le dice: «No te hagas el pequeñín».

Es también muy vulnerable a las observaciones despectivas procedentes de otros adultos que tienen el papel de mandar a los jóvenes. En el curso de esta mutación, reproduce la fragilidad del bebé que nace, sumamente sensible a lo que recibe como mirada y oye como palabras que le conciernen. Un bebé cuya familia lamenta que sea como es, que se parez-

ca a aquel otro, que tenga una nariz así o asá, y llega hasta lamentar el sexo que tiene o el color de su cabello, corre el riesgo de quedar marcado para toda la vida, mientras la gente piensa que no comprende nada. Ha captado este hándicap social con el que ha nacido. A esa edad, todos los juicios surgen efecto, incluyendo aquellos que expresan gentes de poco fiar, por ejemplo, personas celosas o resentidas con los padres. El niño no tiene en cuenta las cosas, no hace más que oír que hablan mal de él, y se lo toma al pie de la letra. Y se trata de algo que puede comprometer, de por vida, sus relaciones con la sociedad. El papel de las personas ajenas a la familia y que conocen a un adolescente, que tienen relación con él por causa de la escuela o de la vida social, es muy importante durante algunos meses. Pero, desgraciadamente, la gente no sabe cuál es el período sensible para dicho joven. En el caso del bebé, se ignora que oye todo lo que le dicen. «¡Ah! ¡Qué pena que se parezca a la tía Lili... Qué demonio era!» Y luego se ponen a hablar de la tía Lili, y el niño recibe a quemarropa una descarga negativa que le afecta profundamente. Lo sabemos ahora. Pues bien, lo mismo sucede con un joven en pleno desarrollo.

Para comprender adecuadamente qué es la inopia, la debilidad de la adolescencia, tomemos la imagen de los bogavantes y langostas que pierden su concha: se ocultan bajo las rocas en ese momento, mientras segregan su nueva concha para adquirir defensas. Pero, si mientras son vulnerables reciben golpes, quedan heridos para siempre; su caparazón recubrirá las heridas y las cicatrices, pero no las borrará. Las personas secundarias desempeñan un papel muy importante en la educación de los jóvenes durante ese período. Aunque no estén encargadas de dar dicha educación, todo lo que hacen puede favorecer la expansión y la confianza en sí mismos, al igual que el valor para superar sus impotencias, o, por el contrario, pueden estimular el desaliento y la depresión. Hoy, muchos jóvenes a partir de los once años conocen estados depresivos y estados paranoicos. Y ejecutan actos de agresión gratuitos. En estas «crisis», el joven se opone a todas las leyes, porque le ha parecido que alguien que representa la ley no le permitía ser ni vivir.

Pero ¿acaso esta reacción de defensa no les deja aún más desarmados?

En este momento de extrema fragilidad, se defienden contra los demás, bien mediante la depresión, o por medio de un estado de negativismo que agrava aún más su debilidad.

La sexualidad podría ser un recurso para ellos.

No tienen aún vida sexual si no es a través de la imaginación. Con mucha frecuencia, penetran en un falso nivel expansivo de sexualidad que depende de lo imaginario: la masturbación. En el momento difícil en que los jóvenes se sienten incómodos en la realidad de los adultos por falta de confianza en sí mismos, su vida imaginaria les sostiene. El muchacho o la joven están casi decididos a excitar en sí mismos la zona que les dará fuerza y valor, es decir, la zona genital que se anuncia. Y de este modo la masturbación pasa de remedio de su depresión a trampa. Trampa, porque de este modo se descargan nerviosamente y tienen mayor dificultad para afrontar la realidad, para vencer estas deficiencias, mucho más imaginarias que reales, pero que han sido alimentadas por frases inoportunas de las madres como por ejemplo: «No llegarás a ser nada; ¿cómo quieres gustar a una chica, si siempre vas tan desaseado?», o por el entorno que les sorprende y les hace ruborizar con frases como: «Ah, vaya, no le eres indiferente. ¿Es tu novia?». Resulta espantoso para un joven ser descubierto así y ver puesto de manifiesto el sentimiento precoz que experimenta; ello puede lanzarle verdaderamente a la masturbación, porque esta es un sostén a la excitación de las pulsiones que le permitirán superar esta depresión. Desgraciadamente, como se satisface de una manera imaginaria, carece ya de fuerza para ir a buscar en la realidad, en otro ser humano, muchacho o muchacha, el apoyo, la camaradería o el amor que le sostenga y le ayude a salir de esta trampa en que le han encerrado algunos adultos que están celosos de esa «edad ingrata». Recuerdan que ellos fueron maltratados por adultos y, en lugar de evitar cometer el mismo error con los otros, como si fuera más fuerte que ellos mismos, cargan la mano: «¿Qué es lo que vas a pensar? No estás en edad de pensar; aún tienes el sabor de la leche en los morros», etc. Cuando un joven comienza a tener ideas propias y a mezclarse en la conversación de los adultos, no pierden un instante en desalentarlo cuando sería el momento

de darle la palabra: «Te interesas por esto; bien, dime tu opinión; ah, es interesante...». El padre no quiere que se diga que su hijo empieza a ser escuchado por los jóvenes que le rodean. Es él quien debe tener la supremacía. Hay muchos padres que no saben ser padres de un adolescente. Y lo curioso es que no saben serlo delante de su mujer y de su hija, pero, cuando están solos con los muchachos, los entienden mejor. Eso se debe a que no desean que al muchacho se le preste la misma atención que a ellos cuando se ponen a hablar en la mesa y el joven discrepa de su padre. El padre quiere que su opinión prevalezca sobre la de su hijo. La frase justa sería, por ejemplo: «Bueno, a dos edades distintas, pensamos de manera diferente. No hay problema». Si el joven se ve interrumpido, o bien lo tolera con una sonrisa de condescendencia («Papá no quiere reconocer su error; bien, ¡tanto peor!»), o bien no se atreve a afirmarse para expresar en otro lugar una afirmación que ha sostenido en casa; cuando eso, en otro lugar, le conferiría valor. Pero como en casa eso le ha «desvalorizado», queda marcado por una depresión y cree que no tiene derecho a pensarlo.

En este momento es cuando tendría necesidad de ser fortalecido. Lo educadores parecen muy indicados aquí para tomar el relevo.

Y no solo los que imparten disciplinas escolares, sino también los que enseñan deporte, arte, etc. A ellos corresponde darle la voz al niño, pidiéndole su opinión, su juicio sobre un combate, su parecer sobre una exposición. Y que no concedan solamente el derecho de hablar a los vozerones que se imponen, sino también a todos los que tienen una opinión pero no dicen esta boca es mía. Se trata de animarles: «No dices nada, pero tendrás tu opinión. He visto que contemplabas el partido con mucha atención; seguro que te has hecho una idea sobre este o aquel jugador». El joven interpelado reconoce entonces que, aunque no se ha mostrado entre los activos, cuenta en el juicio de aquel profesor que conoce bien el paño, y eso puede salvar a un muchacho que en casa es abrumado por sus padres.

Se trata de una edad frágil pero asimismo maravillosa, porque reacciona también a todo lo positivo que se hace por él. Solo que los adolescentes no lo manifiestan en el mismo momento. Es un poco decepcionante para los edu-

cadores que no ven los efectos inmediatos. No me cansaré de incitar a los adultos a perseverar. Digo y repito a todos los que enseñan y se desaniman que traten de valorizarlos: continuad, aunque el joven parezca «tomaros el pelo», como se dice. Cuando son varios, con frecuencia le toman el pelo a una persona mayor y, cuando están solos, esta persona es para ellos alguien muy importante. Pero hay que soportar ser abucheado. Uno puede pensar: sí, soy abucheado porque soy adulto, pero lo que les digo les ayuda y les apoya.

Así pues, ¿los once años son realmente un punto de máxima fragilidad?

Sí, de once a trece años tienen rubores, se tapan el rostro con los cabellos, azotan el aire con las manos para vencer su malestar, su vergüenza, o pueden incluso enmascarar una gran herida que quizá sea indeleble.

¿Es la pubertad la cresta de esta travesía crítica?

La época difícil es el momento de la preparación de la primera experiencia amorosa. El joven siente que hay en ello un riesgo, lo desea y lo teme al mismo tiempo. Al respecto existe una gran polémica que la carga estadística de suicidios o de conductas suicidas pone sobre el tapete de la actualidad. Plantea en definitiva esta pregunta esencial: ¿lo problemático es la primera experiencia sexual, que es una cresta culminante en la vida del adolescente, o cierta necesidad de experimentar la muerte? Es decir, ¿se trata de la confrontación con el riesgo y el peligro, o el no-deseo de vivir...?

Opino que es indisoluble. Porque precisamente el riesgo del primer amor es experimentado como la muerte de la infancia. La muerte de una época. Y este final que os arrastra y aniquila, como cuando os dais en el amor, constituye el verdadero peligro de dicha cresta, punto de paso obligado para inaugurar su dimensión de ciudadano responsable, y acto irreversible. En nuestra sociedad, los jóvenes no reciben ayuda porque no tenemos el equivalente de los ritos de iniciación que antaño marcaban esta época de ruptura. Las pruebas colectivas eran impuestas a niños de la misma edad para que produjeran un efecto mutante en ellos. Sin embar-

go, era un acontecimiento que marcaba, y la sociedad les consideraba entronizados, es decir, que habían superado la iniciación que permite convertirse en adolescente a partir de dicho paso. Tanto si estaban preparados interiormente como si no, los adultos les concedían el derecho a acceder a ella. Reducidos a sí mismos, los jóvenes de hoy no son conducidos juntos y solidariamente de una orilla a la otra, y se ven obligados a conseguir este derecho de paso por sí mismos. Esto exige una conducta de riesgo por su parte.

El África negra y Oceanía ofrecen a la etnología una gran variedad de ritos de iniciación y de aprendizaje. Sería interesante pasar revista a las diversas soluciones que las sociedades antiguas encontraron para ayudarles a pasar este período de mutación: la muerte de la infancia.

Pero antes de comparar las actitudes del cuerpo social a través de la historia de las sociedades y de investigar cómo los adolescentes de hoy pueden, solos o en grupo, afrontar la realidad, trataremos de describir lo que sucede en el interior de cada individuo, y poner de relieve la transformación capital que hace del niño un adolescente en ciernes.

El hecho trascendental que marca la ruptura con el estado de infancia es la posibilidad de disociar la vida imaginaria de la realidad; el sueño, de las relaciones reales.

Tras la crisis llamada edipiana que opone al muchacho perdidamente enamorado de su madre a su rival, el padre, en quien ve, en el mejor de los casos, un motivo de admiración, los fuegos se apagan, y el niño llega a la edad que nosotros llamamos «latencia». Sabiendo que no es más que un niño, se resigna a esperar el futuro. Ello no excluye que tenga claramente la noción de una sexualidad latente, pero comprende que no podrá encontrar su objeto de amor en la familia. Así pues, en el mejor de los casos, el niño del final de Edipo, hacia los ocho-nueve años, conserva una gran ternura idealizada por su madre, y también por su padre, aunque con un sentimiento dividido entre la confianza y el temor de apartarse de la ley que el padre quiere que guarde, y que no solo es una ley dictada por el padre, sino que este la representa y ejemplifica. El niño ve en el padre al garante de la ley y al mismo tiempo al testigo ejemplar dueño de sus pulsiones.

De todos modos, a los once años se manifiestan los primeros indicios de una sexualidad que se anuncia con un fortísimo componente imaginario antes de que el cuerpo entre en juego; esto corresponde, en el muchacho, a las primeras emisiones involuntarias de esperma y, en las muchachas, a las primeras reglas. Pero antes de que el cuerpo siga, se diría que el joven y la muchacha preparan este acontecimiento fisiológico con una especie de fiebre psíquica de amor imaginario por modelos que actualmente se conocen como ídolos de masa, y que han sucedido a los héroes de ayer. El «relevo» ha llegado de Estados Unidos. Héroes e ídolos constituyen sus compañeros en el juego de papeles donde lo imaginario desplaza a la realidad.

¿Comienza, pues, una segunda vida imaginaria, en el umbral de la adolescencia?

La primera vida imaginaria, que se inicia a los tres-cuatro años, pone la mira en las personas del grupo próximo al niño, es decir, el padre, la madre, los hermanos y las hermanas y el entorno familiar íntimo. Para lo demás está en relación con el mundo exterior mediante las opiniones de los padres; pero, directamente, no le interesa, salvo que se produzcan grandes acontecimientos, como una invasión o una guerra, en cuyo caso el niño queda preso, como los padres, en la tormenta. En una sociedad relativamente estable, la visión que el niño tiene del exterior queda por completo obstruida por su interés por la familia y por el modo en que esta reacciona ante la sociedad, por los eslóganes del padre. Los niños son enteramente de la misma opinión que el padre, incluyendo sus opciones políticas. Cuando los padres discrepan, el niño presenta dificultades para pensar por su cuenta, dificultades que se mantendrán más o menos hasta los once años. Pero, a esa edad, estallará el problema latente; en su segunda vida imaginaria, los temas de interés que encuentra fuera del campo familiar y que deberían prepararle para la vida real siguen teniendo a los padres como referencia... El padre al que no se ama porque se ha divorciado de la madre, o la madre que está mal vista porque el padre dice cosas en contra de ella o a sus espaldas, o la abuela paterna que no quiere a la nuera, conflictos de relación que trastornan la vida imaginaria de un niño

entre los nueve y los once años, pero cuyos efectos no se ven hasta los once: sigue teniendo dificultad para distinguir el sonido de la realidad del sonido de lo imaginario. Pero si todo ha ido bien, si no ha habido desgarró familiar, en su segundo mundo imaginario el niño ya no necesitará tomar sus modelos intramuros de la familia. En lo sucesivo, sus modelos serán exteriores. Sigue contando con la familia como un valor-refugio, pero no siente que desempeñe en ella un papel, y pone su empeño en triunfar socialmente. Toda su energía se dirige ahora hacia el grupo de compañeros de la escuela, o a los grupos deportivos y demás, y hacia la vida imaginaria que pueden proporcionar la televisión, las lecturas o sus invenciones en los juegos. Esto es lo que ocurre antes de la eclosión de la pubertad en un umbral de lo imaginario más allá de la familia, en el mundo exterior. Cuando llega a la adolescencia es cuando este mundo imaginario exterior le provocará, le hará decir que quiere salir. Quiere ir a medir, por decirlo así, esta discriminación que ha hecho entre lo imaginario y la realidad, penetrando en esos grupos sobre los que ha imaginado muchas irrealidades pero que, al mismo tiempo, existen, puesto que se habla de ellos. Es atraído por pequeñas bandas de jóvenes mayores que él y en las que pretende integrarse. Y entrará así en su adolescencia saliendo de la familia y mezclándose con grupos constituidos que, para él, tendrán momentáneamente un papel de sostén extrafamiliar.

No puede abandonar completamente los modelos del medio familiar sin antes disponer de modelos de relevo. No son sustitutos, sino relevos para su toma de autonomía de adolescente confirmada, que se hará merced a las heridas en el amor propio y a las alegrías, a las dificultades y a los éxitos que serán los acontecimientos de su vida entre los once y los catorce años. Tanto para él como para ella.

Los juegos

FRANÇOISE DOLTO: Cuando era joven, mis camaradas me decían continuamente: «¿Qué te apuestas? A ver, ¿qué te apuestas?». «No me apuesto nada.» «¿Es que no crees en lo que dices?» «Desde luego; he dicho lo que pensaba. Pero no tengo ganas de apostar.» Mis camaradas no cesaban de apostar. Las chicas se interesaban menos en el juego que ahora.

Hoy, las muchachas acuden a las máquinas tragaperras con los chicos, lo cual le quita una parte de fantasía al juego. El compañero, el rival, no es más que una máquina. El juego ya no es cosa de hombres. Las chicas están presentes y apuestan. El fantasma lúdico del niño que se nutre de lo imaginario («Si yo fuera millonario») desaparece con la práctica de los juegos con dinero.

Hemos intentado delimitar la entrada en la adolescencia, el primer «paso». ¿Cuál es la última frontera? ¿Qué representa el final de la adolescencia? Los neurólogos dirigen la mirada al desarrollo nervioso: 20 años, la edad en que el tejido cerebral queda totalmente constituido. Los especialistas del crecimiento fijarán la fecha en los últimos puntos de osificación.

Es el final de la osificación de la clavícula, a los veinticinco años.

El juez tomará como punto de referencia la mayoría penal; el educador, el fin de la escolaridad obligatoria, los dieciséis años. Pero el legislador ha establecido en 18 años la mayoría civil. La precocidad de las relaciones sexuales, las fuentes de información extrafamiliares, la televisión, la calle, los viajes al extranjero, los períodos de prácticas, los medios de locomoción individuales (de dos ruedas), ponen en tela de juicio la edad fatídica. ¿Hay que establecer la mayoría en dieciséis, en quince o en catorce años? A los educadores les corresponde poner objeciones a la falta de madurez, a la irresponsabilidad de una juventud demasiado asistida. A la inversa, uno se siente tentado a tomar en cuenta el componente social de los estudios prolongados. Jóvenes y muchachas permanecen en la casa de sus padres mucho más tiempo, se casan más tarde, tienen experiencias de amor libre. Muchos factores abogan por la emancipación juvenil. Pero la sedentarización de los jóvenes que se demoran en el hogar mantiene a toda una generación en un estado de postadolescencia y viene a contradecir a los partidarios de una mayoría anticipada. Entre estas dos posiciones extremas, los padres quedan cada vez más perplejos. ¿Qué indicaciones darles sobre las probabilidades del fin (real) de la adolescencia? Dado que no es posible fijar la edad, ¿cuáles son los puntos de referencia?

Un individuo joven sale de la adolescencia cuando la angustia de sus padres no le produce ningún efecto inhibitorio. Lo que digo no es muy agradable para los padres, pero es la verdad que puede ayudarles a ser clarivi-

dentés. Sus hijos han alcanzado el estado adulto cuando son capaces de liberarse de la influencia paterna tras alcanzar este nivel de juicio: «Mis padres son como son; no los cambiaría y no trataría de cambiarlos. No me toman como soy; peor para ellos: los abandono». Y no tienen sentido de culpabilidad por abandonarlos. En este momento de ruptura fecunda, demasiados padres querrían culpar a sus hijos porque sufren y están angustiados al no poder mantenerles bajo vigilancia. «En qué se van a convertir... No tienen experiencia...», etc.

¿Puede este final de la adolescencia ser vivido mucho antes de los dieciséis años?

No, porque la sociedad no lo permite. Sí, si la sociedad permitiera que se trabajase fuera de casa a partir de los catorce años, y que se ganase una vida. El joven no encuentra en Occidente soluciones legales para abandonar a sus padres asumiendo su condición sin aparecer como un marginal, un delincuente o sin estar a cargo de alguien que quiera ocuparse de un adolescente en peligro de perversión. En la actualidad hay muchos adultos interesados por la fuerte demanda de adolescentes en el nivel sexual afectivo. Finalmente, los jóvenes se ven obligados a venderse, tanto si la venalidad es visible, como la prostitución callejera, como si es ambigua: se hacen mantener por alguien que a partir de ese momento se considera con derecho sobre ellos o sobre su cuerpo. Esta nueva forma de dependencia procede del hecho de que las leyes no le permiten a un joven ganarse la vida, ni siquiera de un modo parcial, pero que le proporcionaría el medio de evitar una cama y una sopa de beneficencia..., en fin, la manera de no estar a cargo de nadie y, al mismo tiempo, de encontrar un empleo o un aprendizaje pagado, o una experiencia de viaje subvencionado. Pienso que la sociedad podría hacer mucho anunciando posibilidades de bolsas de viaje, bolsas de formación..., una gama completa de «pequeñas tareas».

Así pues, hoy en día el paso a la edad adulta se traduce muy concretamente en términos de independencia económica.

En términos de independencia económica, de potencialidad creadora y de aprendizaje que permitan adaptarse, insertarse en un grupo social.

Dejar de recibir o de admitir dinero de los padres no resuelve el problema si uno lo sigue recibiendo de otro adulto. Es peor, pues surge entonces un sentimiento de dependencia que no se tiene respecto de los padres. Lo que los padres nos han dado, lo devolveremos a nuestros hijos. Pero la protección y la ayuda material de una tercera persona culpabilizan mucho más, pues su donación no será devuelta, no será transmitida a la descendencia. La influencia de estos protectores o protectoras puede alienar la vida de libertad de sus protegidos, incluso más allá de la muerte de estos «tutores». La relación de dependencia se desarrolló «honorablemente», sin sexualidad alguna involucrada. Se trata de personas inteligentes y generosas que adquieren influencia sobre un joven.

Recuerdo a una muchacha sumamente dotada pero ligada a su mentor por un voto que ella respetaba como una última voluntad y que le impedía ser otra cosa que maestra de niños de diez años, como la que le había posibilitado cursar sus estudios. Sus padres se habían negado a conservarla a su lado más allá de los dieciséis años, porque la niña no aportaba dinero a casa. Y fue una directora de escuela totalmente desinteresada la que tomó el relevo, sin darse cuenta siquiera de que le estaba cortando las alas al impedirle que en el futuro hiciera otra cosa que lo que ella le tenía destinado: seguir su misma carrera. La muchacha, a los dieciséis años, hubiera podido tomar un empleo, pero era una chica inteligente que quería hacer el bachillerato; la directora de escuela le permitió obtener dicho diploma. Pero no quería que siguiera estudios superiores y le decía: «Será tu perdición si lo haces; tienes que quedarte al servicio de la enseñanza primaria». La joven se hallaba realmente en muy mala situación psicológica cuando la conocí. En compañía de su protectora no había concluido su pubertad. Solo gracias a un psicoanálisis pudo desprenderse de aquella promesa de quedarse como maestra que le impedía vivir por completo y realizar aquello que deseaba, es decir, estudios superiores. Años más tarde ha tenido éxito en su profesión.

Este ejemplo muestra claramente que la fidelidad hacia alguien que nos subvenciona y que no pertenece a la familia es mucho mayor. A la familia se le es infiel. Se es infiel a los padres; esa es la ley. Y está bien, y uno se siente sostenido por la fuerza, en el fondo, del honor que se hace a los padres haciendo por uno mismo lo que se tiene que hacer, y además,

no amándoles puesto que no le comprenden a uno. Y entonces nos ponemos a amar a alguien que nos comprende, y podemos quedar bloqueados del todo porque se trata justamente de alguien de la generación anterior. Un joven tiene necesidad de amar a las personas de su edad y de formarse a través de los de su generación, y no seguir dependiendo de alguien de una generación anterior que en un momento dado ha sido modelo. Si la influencia se prolonga, es un modelo desestructurador. Momentáneamente, parece ayudar al joven a realizarse, pero en realidad lo aplasta, porque el joven cree estar en deuda, pues no fue él quien lo buscó, sino que la generosidad le sobrevino por elección del adulto que fijó su atención en él. Esto es lo que hay que comprender en una sociedad en la que un joven no puede ganarse el derecho de decir «no» a sus padres y decir «sí» a su futuro, «sí a mí y a mi futuro». En Estados Unidos, los jóvenes consiguen afirmarse al poder ganar dinero mientras siguen escolarizados – es la misma regla de juego que participar en la financiación de sus estudios –; pero en Francia esto no es posible. Y, sin embargo, resulta algo capital a esa edad, de los once a los trece años, escapar a la tutela económica y acceder al derecho de la propia expansión personal. Los escolarizados se han convertido en una clase a fuerza de ser considerados como no aptos para entrar en la sociedad.